

ANTONIO DROVE:

carla de civil, porque trata de un tipo de relaciones entre el poder y la gente, o más bien al revés.

—Pues no va a faltar quien diga que, en realidad, se trata de una "serie negra".

—Sí, ya ha habido quien me lo ha dicho, pero creo que ignora lo que es una serie negra. Yo lo que creo es que, a veces, los crímenes son negocio y los negocios pueden ser crímenes. Te cito otra frase de Brecht que encaja aquí perfectamente. Dice: "Hay muchas maneras de matar a un hombre: se puede clavar un puñal en el vientre de alguien; quitarle el pan; no cuidarle cuando está enfermo; confinarlo en un tugurio; hacerlo trabajar hasta el agotamiento; empujarlo al suicidio; llevarlo a la guerra, etcétera. Pocas de esas formas de asesinato están prohibidas en nuestro país".

—Además, que la "novela negra" desde su origen, en los años treinta, tuvo una clara connotación política, ya que llevaba implícita una quiebra de confianza en la legitimidad y en la moral del poder...

—Sí. Y no hay que olvidar que, en cine, las "series negras" son, sobre todo, un producto de los exiliados europeos en Estados Unidos. Fritz Lang y el propio Brecht se ocuparon del tema y ellos venían huidos de un fascismo en su plenitud.

—Entonces, cine político.

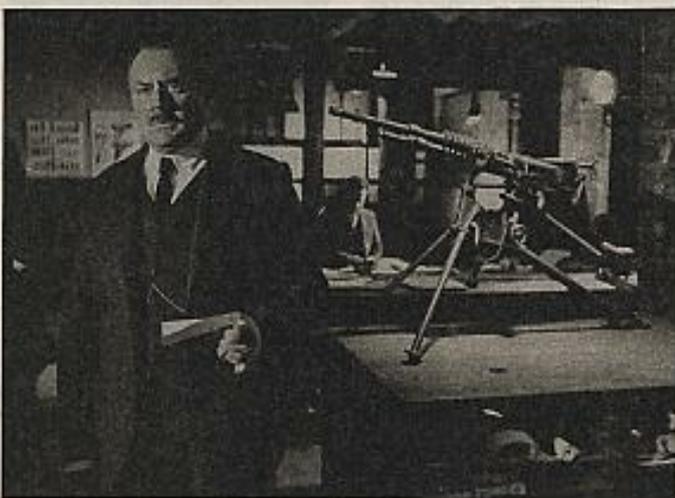
—Sí, claro, pero en un sentido muy peculiar. El cine es, ante todo, un lenguaje. A través de éste se capacita en el espectador su posibilidad de luchar; porque el cine no es una lección, es un ejercicio colectivo. Yo le diría a los espectadores que si quieren pue-

den no atender y aburrirse, que se pueden permitir ese lujo porque no están en una situación histórica como la que narra la película, pero que si fueran uno de sus personajes, un error lo pagaban con la vida.

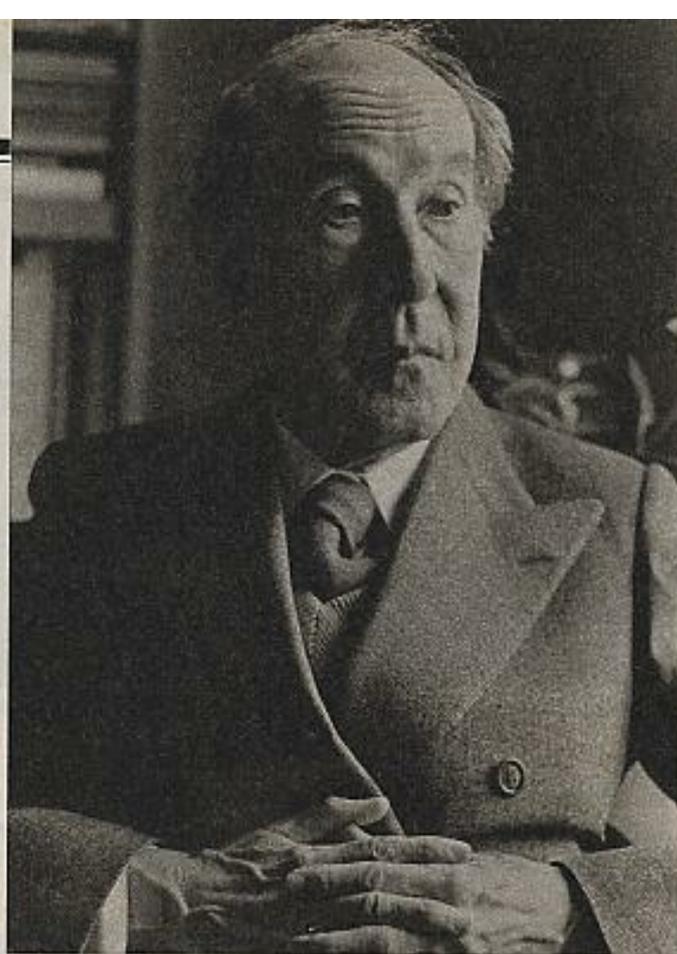
"Para mí, el cine es algo vital y digo esto en un sentido muy concreto: a mí, ver cine me enseña a vivir mejor. Ni me da ni me debe dar soluciones, pero me enseña a reflexionar sobre mis propios problemas cuando estoy fuera de la sala de proyección, en la calle. Sí, el cine es algo vital.

Drove se empeña en acompañarme y entonces hacemos el horrible descubrimiento que estamos en la situación de los ciegos de Brueghel. Me dice que a pesar de ser madrileño y llevar los treinta y siete años de su vida viviendo en Madrid, no tiene ni idea de las calles. Coincido en el origen, la edad y el despiste. Así que tardamos horrores en orientarnos. Menos mal que, mientras tanto, vamos hablando de novela negra, Fritz Lang, cine de aventuras y cine en general. Me cuenta el caso de dos de sus películas anteriores —"La caza de brujas" e "Historia del suicida y la monjita"—, que han sido prohibidas y hasta secuestradas por la autoridad incompetente de turno. Metidos de lleno en el tema del cine español, hablando de las multinacionales, las mafias y otras cosas, se nos va el tiempo, llegando a la poco optimista conclusión de que hacer una película digna en España reduce las posibilidades a cifras de carácter infinitesimal.

Cuando llegamos a mi casa, la despedida es algo melancólica. ■ R. C.



La obra de Antonio Drove trata de los viejos patronos y de los nuevos capitalistas, que ya no se andan por las ramas. (Fotograma de "La verdad del caso Savolta".)



Gerardo Diego.

LA SUERTE Y LA MUERTE

MANUEL VICENT

El poeta Gerardo Diego vive. El dinero es una constante vital. Lo digo porque le acaba de caer encima el Premio Cervantes con cinco kilos de billetes de mil. Cobro, luego existo. El novelista Llorenç Villalonga ha muerto. Una carroza de charrol tirada por cinco caballos con gualdrapas de grecas doradas se lo ha llevado al cementerio sonando en los húmedos adoquines del barrio antiguo de Palma de Mallorca. La rueda de la fortuna se ha agitado mucho últimamente sobre el mundo literario. Ahora ya existe la creencia de que un escritor puede ser millonario de golpe e incluso conseguir unos funerales honestos sin pretenderlo. Gerardo Diego y Llorenç Villalonga han aceptado, respectivamente, la suerte y la muerte con naturalidad, cada uno según su estilo.

Desde la adolescencia, cuando

estudié preceptiva literaria, nunca me ha abandonado la figura de Gerardo Diego. Ahora lo veo casi todos los días, aunque jamás haya cruzado media palabra con él. Pero Gerardo Diego es una de esas personas a las que se ama sin saberlo, sin que uno se dé cuenta. Al filo de las cinco de la tarde, su silueta de paraguas cerrado cruza los ventanales del café Gijón, traje oscuro, gabán oscuro, sombrero oscuro, pasos recortados de banderillero, con la gravedad de un sarmiento ya incorruptible. El poeta entra en el café, aparta los cortinajes y se dirige a su tertulia, derecho al fondo, abandona los arcos en la percha, se sienta y pide indefectiblemente uno con leche, que luego paga hurgando con dedos de buen pianista en el monedero y deja tres pesetas de propina. Ni una más, ni una menos.

El poeta acude a la tertulia so-

DETRAS DEL ESPEJO

lo para estar callado. Su aportación más expresiva es el silencio, el parpadeo de tímido. Aunque Enrique Azcoaga suelte una malvada sutileza, o el inteligentísimo pasota de toda la vida Eusebio García Luengo diga de sí mismo que es un hombre justamente resentido o Paco García Pavón mire el techo con una inexpresividad azul de señorito manchego, o García Nieto, tan atildado de cuerpo como de alma, eche a andar una cuarteta entre los rescollos de las tazas, o Ramón de Garciasol parta el prólogo del "Persiles" como una tostada con mantequilla, o Luis Burón proclame que los árabes nunca han estado en Córdoba, no pasa nada. Nuestro hombre no se inmuta. Como si oyera llover. Allí están Carlos de la Vega, Álvarez Ortega, Buero Vallejo y Eladio Cabañero. El poeta parpadea con cadencia imperturbable, aunque el cerillero dé un alarido de alarma de que viene la grúa, que es el último estertor estético. El poeta es un tímido hermético que puede soltar alguna cosa chusca de repente en una difa señalada, un anciano incontaminado que, si el asunto deriva hacia la política, suavemente se levanta pisando huevos y se larga.

Para uno, Gerardo Diego forma parte de la mitología somnolienta del horario vespertino. Como los tenderos de Köeningberg ponían su reloj en hora a las tres de la tarde, cuando veían cruzar a Emmanuel Kant dando un paseo a solas con la razón pura, yo sé que son las cinco cuando el poeta erguido pasa por los ventanales del café Gijón, como sé que serán irremediablemente las seis y media en punto cuando entre el escultor Cristino Mallo y se sienta en nuestra mesa para tomar el relevo.

Esta rutina de digestión retardada fue rota el otro día. Gerardo Diego penetró en el café con el mirto del Premio Cervantes todavía colgado en las orejas. Desde la mesa de los cómicos, Alvaro de Luna comenzó a aplaudir. Primero fue una sorpresa, pero las palmas fueron creciendo sucesivamente hasta invadir el tabernáculo, los corros de gallegos, homosexuales, poetas líricos, clases pasivas con el picatoste, habilitados de Correos, bohemios que abandonan la cama a las

cuatro para que la patrona limpie la alcoba y turistas de provincias. Todos se sumaron al homenaje espontáneo. Gerardo Diego, con gesto taurino, se quitó el sombrero y saludó a la concurrencia trazando un círculo de montera en brindis a la penumbra. Y después se marcó incluso el detalle olímpico de pagar la consumición a dos mesas de escritores, comediantes y poetas. Jesús Fernández Santos advirtió a todo aquel que llevara diario íntimo que no se olvidara de apuntar que en esa gozosa fecha del lunes 28 de enero de 1980 Gerardo Diego le había invitado a café con leche.

Puede resultar un farde que, por una vez en la vida, el poeta fundador del ultrismo te pague una consumición, pero es también un espectáculo insólito que

el café Gijón se sacuda la modorra y aplauda a un héroe a media tarde. Sólo una vez lo hizo con Ortega y Gasset cuando regresó del exilio. Hay dos hitos en la biografía de un creador: coronarse de aplausos en un café de artistas con cinco millones de pesetas en el bolsillo como lo ha conseguido Gerardo Diego y morir con una elegancia lenta en un barrio enlosado bajo sonido de catedral como lo ha hecho Llorenç Villalonga.

El escritor mallorquín nació en 1897. Su existencia se dibuja en un perfil de estirpe aristocrática, un señor mediterráneo en la soledad del pequeño palacio familiar que analiza la vida en las esfumadas sombras que se producen en los vitrales. Una sociedad burguesa que se descompone descrita desde dentro, pasiones



Lorenzo Villalonga.

violentas contenidas por el corsé de ballenas, las iras y las miradas fieras en la casa del notario, psicología sutil de testamentarias, el haber como prolongación del ser, ese vestigio del Derecho carolingio que aflora en pleitos, amores enfermizos de herederos. Un cuadro de clase analizado con la ironía de un hidalgo distante que toma mistela con sobados a las cinco de la tarde en la calle del Estudio General, cerca de la Seo mallorquina.

Llorenç Villalonga entró tarde en la vida literaria. La nobleza de su estilo tardó en ser reconocida. Pero cuando le alcanzó el éxito con la novela "Bearn", un éxito difuminado por la propia elegancia, nada cambió en sus ritos externos ni en su intimidad. Horas largas de ciudad gótica, paseos bajo los plátanos, tertulia de amigos en la alcoba de techo alto con vigas, placer del rosario con criadas, la fiebre morbosa de la creación solitaria.

Ignoro cómo ha sido el entierro de Llorenç Villalonga. Pero sería terrible que se lo hubieran llevado en un furgón con olor a gas-ol. El merecía un funeral descrito por él mismo: carroza de charol, tiro de cinco caballos blancos sonando en el empedrado, en los patios de las casas señoriales, salmodias de canónigo, un cortejo lento en una tarde lívida y plateada de enero con golpes de viento que presienten ya el temporal de Cuaremas.

En su casa de la calle Covarrubias, Gerardo Diego tiene un piano en el que interpreta a Schumann con gran pericia. El poeta tiene una biblioteca inapreciable en primeras ediciones firmadas por sus autores. Llorenç Villalonga tenía un palacio con consolas oscuras, paños de ganchillo bajo la plata antigua. Gerardo Diego, a las cuatro y media de la tarde, abandona la casa, coge el taxi, se apea en la plaza de Colón y, desde allí al café Gijón, el poeta traza un paseillo de banderillero. Llega a las cinco, se sienta en la tertulia, parpadea, enmudece. Llorenç Villalonga, en una carroza empeschada, se va elegantemente al cementerio. En el plazo de una semana, el mundo literario ha asistido al rito de la suerte merecida y de la muerte deseada. A los dos creadores les sienta muy bien. ■